DÍA 1

Sé un cazador, no un monstruo

CAZADOR 03:00

Penitencia

La calle palpita al ritmo inestable de las antiguas farolas. Jirones de niebla se deslizan sin rumbo por el abandonado polígono industrial. Una figura encorvada avanza ajena a su entorno. Su respiración desacompasada, acompañada del arrastrar de sus pies, retumba amplificada por el eco de las naves vacías que deja atrás en su lenta procesión. Cada pocos pasos necesita detenerse para recuperar el aliento.
–Un último esfuerzo –gruñe, apoyándose en una farola mientras se frota los hombros.

No carga el mundo como Atlas, aunque en ocasiones preferiría que la suya también fuese algo físico.

Aprieta los puños, tensa el cuello y, gruñendo, alcanza el último tramo de la calle. Esqueletos de vehículos abandonados, desguazados por chatarreros más desesperados que valientes, lo saludan al pasar.
–Somos los únicos que aguantamos aquí –les saluda sonriendo.

Al fin, llega al camino que conduce a su santuario. En la esquina aún permanecen las mantas de los vagabundos que consideraron aquel un buen lugar para vivir.
–Pobres insensatos –murmura, deteniéndose unos segundos frente a ellas, alegrándose de tomar la decisión de conservarlas para advertir a los pobres desesperados que pudieran pensar lo mismo.

Aprieta los labios, inspira con fuerza y, concentrando sus escasas energías, emprende el camino con demasiado

ímpetu, resbalando en los guijarros húmedos por la neblina matinal, lo que le obliga a bracear para recuperar el equilibrio.
–Maldita sea –masculla, recuperando el equilibrio a duras penas y deteniéndose para afirmar los pies.
–Pronto amanecerá –dice, rindiéndose, estirando la espalda y masajeándose el cuello mientras contempla como el cielo comienza a teñirse de tonos rosas y anaranjados.

Suelta el aire despacio mientras su mirada recorre con calma los alrededores. La naturaleza cada vez se apodera de más naves, y las aceras casi no pueden distinguirse de los terrenos que las delimitan.

Su corazón recupera un ritmo calmado, y su vista se detiene en la fachada de su santuario: una vieja oficina de dos plantas, anodina, gris. Solo tiene dos ventanas en la planta superior, cubiertas por cortinas negras que parecen juzgarlo en silencio, devorándole el alma.
–Yo también soy un pecador… –dice, caminando de nuevo y notando cómo se le humedecen los ojos.

Agacha la cabeza, intentando esquivar la mirada acusadora del edificio. Nota su juicio en cada paso que le acerca a ella.

Patea los guijarros, y un sonido agudo, producido por algo de cristal, le responde, sobresaltándole. Busca el origen y se le revuelve el estómago al encontrarlo: un par de botellas vacías tras unos matorrales.

Al verlas, un doloroso recuerdo le vacía los pulmones: grupos de jóvenes consideraron su polígono un lugar ideal para organizar sus fiestas. Un día, al regresar de su sagrada misión, encontró su santuario rodeado por coches y jóvenes bebiendo y bailando… se le nubló la vista y fue incapaz de pensar, tan solo de actuar.
–Los errores nos convierten en quienes somos –dice, con

una mezcla de firmeza y resignación, abriendo la puerta del santuario.

Redadas policiales buscaron durante semanas por la zona. Ahí saboreó el pánico de fracasar. Estuvo a punto de prender fuego a todo y huir. Por fortuna –como siempre ocurre– el delicado manto del olvido se posó con el tiempo.

–¡Cada error pule una imperfección! –grita al cruzar el umbral, cerrando la puerta tras él. Eleva los brazos, sintiendo cómo los pecados abandonan su espalda, elevándose juguetones hacia su nuevo hogar.

–¡Nunca he vuelto a cazar inocentes! –grita, irguiéndose. Hincha el pecho, aliviado por el abandono del dolor.

–Aprendí la necesidad de crear reglas.

Respira con avidez, deleitándose en sentir cómo puede volver a llenar los pulmones. El olor a madera antigua lo envuelve como un bálsamo.

Enciende la luz. Todo permanece igual: mesas con documentos cubiertos de polvo, estores a medio bajar, una lámpara de escritorio volcada.

–Soy un cazador, no un monstruo –dice, acariciando con delicadeza la barandilla mientras sube las escaleras.

Al llegar a la planta superior, se dirige a la puerta del fondo, a la derecha. La abre y entra con paso decidido. Gira los hombros, el cuello. Su mirada analiza cada rincón mientras se frota las muñecas.

–¿Me habéis echado de menos? –pregunta con ternura.

Un laberinto de vitrinas, dispuestas simétricamente con apenas espacio entre ellas, ocupa toda la habitación. En el centro, una cama de madera es el único mueble en la sala. Da un paso. Apoya la mano con ternura sobre la primera vitrina. En su interior, una cartera de piel abierta deja ver papeles amarillentos por el tiempo. Cierra los ojos. Los

últimos instantes de la vida de su dueño acuden a su mente.
–Fernando –murmura entre dientes. Da un paso más y posa la mano sobre la siguiente vitrina.
–No se roba a quien no tiene –deja las palabras flotando en el aire mientras se aleja.
–¿Ahora yo soy ellos? –se pregunta, al llegar a la última. Se deja caer en la cama, arrastrándose hasta quedar tumbado en el centro. Saca del pantalón un teléfono móvil con la pantalla rota.
–Manuel, no se traiciona a las madres –dice, dejando caer el teléfono dentro de una vitrina en el suelo.
–Ya puedes descansar. Nunca más estarás solo.

El teléfono choca contra el fondo con un sonido sordo.
–Tarde o temprano, el malvado será castigado, pero los justos serán liberados. *Proverbios 11:21* –dice, concluyendo el ritual. Cierra los ojos para intentar dormir, aunque sabe que no podrá.
–Os creéis intocables, riéndoos de las leyes de los hombres, pero yo estoy aquí para que sintáis la justicia divina.

Se incorpora, sentándose en el borde de la cama. Extiende la mano izquierda, abre un cajón, saca una libreta y un bolígrafo.
–Como siempre, son los inocentes quienes más sufren por los pecadores…
Sabe el dolor que ha ocasionado y, por primera vez, siente que debe pedir perdón.

Apoya la libreta sobre su rodilla y comienza a escribir, esforzándose con la caligrafía:
Nací ya condenado.
–Condenado… –susurra. Su mano no puede seguir escribiendo.
–¿Quién cargará con mis pecados? –balbucea, deslizándose

el bolígrafo de entre sus dedos y golpeando el suelo.
–Igual moriré.

SEÑOR 06:10

Nuevos tiempos

Las paredes desnudas de la habitación brillan con el reflejo anaranjado del sol, que empuja con timidez el protector manto de la noche.

Una ventana sin cortinas, una cama vieja y un diminuto armario con las tablas mal clavadas es todo lo que habita en su interior.

–Una habitación no necesita más –murmura ahora la mujer recordando la frase que su padre decía con tono cortante a la niña que le imploraba poder decorarla.

Un calambre en la espalda le hace mover los hombros y estirar las piernas. Lleva horas levantada, tantas como ha durado la noche.

Permanece de pie, tensa, sin un solo pelo de su densa melena negra fuera de su sitio. Los puños apretados vibran al ritmo de los latidos de su corazón. Cierra los ojos e intenta centrarse en todo lo que le está sucediendo.

Los aspersores del jardín se ponen en funcionamiento sobresaltándola y haciendo que regrese al presente.

–La inactividad es la muerte –dice relajándose–. El dolor ayuda a pensar.

Abre la mano derecha, un pequeño trozo de papel arrugado descansa en su interior.

–Hijo mío... –murmura notando cómo las lágrimas amenazan con brotar–. Cierra de nuevo el puño y ordena los pensamientos mientras se dirige al armario.

–Tan solo es otra guerra, debo planear una estrategia.

Hace años aprendió, de la forma más dolorosa posible, que la impulsividad –ese rasgo tan característico en los hombres de su familia– no sirve de nada. De hecho, es lo que ha ocasionado que ella, una mujer, sea ahora la cabeza de la familia Saavedra; a largo plazo, eso es lo que la distingue de ellos.

Mira el interior de su armario, tan solo hay un traje y un vestido.

–Hoy toca combatir... –murmura cogiendo el traje, de hombre, y vistiéndose.

En la parte inferior hay unos zapatos y una pequeña agenda de tapas duras. En el mismo movimiento abre la agenda por la mitad e introduce el papel, cerrándola a continuación con un golpe seco para guardarla en un bolsillo interior de su americana.

–No existe la casualidad –se dice a sí misma, recordando la importante reunión con la junta directiva que tiene a mediodía.

Pantalones y americana blanco roto de pura lana-seda, camisa de un gris tan claro que parece blanco. Cierra los ojos mientras se hace el nudo de la corbata de seda magenta, una manía convertida en ritual por no haber tenido nunca un espejo propio en su habitación.

«Quien necesita un espejo para asegurarse de que está correctamente arreglado, es que no lo está».

Otra frase que no se cansaba de repetir su padre. Ella, con su blancura de piel, la intensidad de su cabello negro y sus profundos ojos verdes, sabe cómo la ven los demás; y eso es lo que importa.

–Preparada –dice con voz firme dirigiéndose a la puerta y abriéndola con tanta fuerza que escucha como el yeso de la pared se resquebraja por el impacto.

Las luces de colores reflejadas de las vidrieras del techo la ciegan, escucha pasos, aunque no logra ver de quién se trata.

–Señora... Señor –se corrige una tímida voz de mujer a su lado.

–¿Sí, Maite? –responde ignorando el lapsus con una sonrisa cansada–. Es la única persona a la que le permite esos deslices.

–Rodolfo está esperándole como usted ordenó. Ha preparado el coche en la puerta principal.

–Gracias –responde girándose para marcharse–. Señor... –llama con voz débil Maite–. Tenga cuidado, por favor.

La mira a los ojos de forma directa, como la miraba cuando le curaba las heridas que se había hecho trepando a los árboles del jardín. Los ojos de Maite brillan por las lágrimas contenidas.

Señor se gira y comienza a bajar las escaleras para evitar que le ocurra lo mismo, centrándose en los crujidos que emite el suelo de madera mientras baja los peldaños.

–Siempre son impares –murmura mientras respira el aroma al barniz de la barandilla mezclado con el café de los trabajadores.

Los recuerdos de los desayunos familiares, tan lejanos como pertenecientes a otra vida, le acompañan hasta llegar a la entrada. Allí, una pared llena con retratos de varias generaciones de los cabezas de familia Saavedra la juzgan. –Arrogantes... –masculla desafiando a los ancianos que la menosprecian desde una altura superior recordándole que nunca será digna de estar ahí, junto a ellos.

–Porque nací sin pene –dice escupiendo las palabras.

Una molesta vibración le saca de sus pensamientos. Coge el teléfono móvil para mirar de quién es la llamada.

–No tengo tiempo para hablar –dice como saludo al jefe de la seguridad privada.

–Ayer alguien entró en mi casa, pudo llegar hasta mi habitación, y tuvo la desfachatez de dejar una nota en mi cama para que fuese consciente de ello.

Enumera, con tono firme, haciendo énfasis en cada «mi»–. Despida a todo el personal, revisen el sistema y traiga profesionales de verdad.

Guarda silencio unos instantes, animando a que se atreva a replicar algo su interlocutor.

Cuelga tras unos segundos de silencio y mira de soslayo a la joven que espera temblando junto a la puerta para abrírsela.

Rodolfo la avisó de que hoy comenzaba a trabajar y no recuerda su nombre, una falta de respeto que la mortifica. –Te lo regalo –dice introduciéndole el teléfono último modelo en un bolsillo de su uniforme–. Cuando regresemos dile a Rodolfo que lo borre y te lo prepare.

Es la única forma que se le ocurre para que no se dé cuenta de que no la saluda por su nombre como al resto del personal.

Abre ella misma la puerta y la cierra con delicadeza tras de sí, notando cómo la paz del exterior inunda sus sentidos.

Huele el bosque, las flores, aire puro y fresco que refresca su piel. El alegre cantar de los pájaros y la brisa cantando entre las hojas. Estira los brazos y llena sus pulmones. Van a pasar muchas horas hasta que vuelva a tener esta paz. Su mayor deseo es construir una cabaña en ese terreno y prender fuego a la mansión familiar.

—Buenos días, señor —saluda Rodolfo, sacándola de sus ensoñaciones. Es un hombre espigado, de una edad indeterminada entre los cincuenta y sesenta años. Va vestido con un elegante traje gris y una camisa color salmón, sin corbata pero planchado de forma metódica.

—Buenos días —responde mientras baja los escalones de piedra.

Rodolfo la espera sujetando la puerta del pasajero del recién lavado Rolls-Royce Phantom. Se sienta en el centro de los asientos traseros y pasa los brazos sobre los reposacabezas.

—¿Dónde quiere ir hoy, Señor? —pregunta Rodolfo tras dar la vuelta al vehículo y sentarse en el asiento del conductor.

—Querer... a ningún sitio. Sin embargo, debo ver a mi hermano.

—Como desee, Señor, pero póngase el cinturón de seguridad —responde Rodolfo colocándose en su asiento y comprobando por el retrovisor cómo Señor lo hace poniéndole muecas.

Arranca el motor y conduce de forma suave hasta llegar a la autovía. Al incorporarse al tráfico, enciende el equipo de sonido, selecciona música de Vivaldi y no vuelve a abrir la boca.

El trayecto dura casi cuarenta minutos bordeando la Ciudad Nueva hasta llegar a la Vieja a través de la nueva autovía. Señor contempla por la ventanilla como las nuevas urbanizaciones de lujo, incluso pequeños palacetes, están devorando el bosque que tanto ama.

El mismo que tan orgulloso construyó como símbolo de poder su padre y ahora es devorado por la avaricia.

—Nunca cambiamos —dice Señor mirando con tristeza por la ventana viendo como el bosque deja paso a

descampados, barrizales y al fin a montañas de basura y chatarra.

El Rolls Royce avanza despacio hasta detenerse frente a una verja que se abre con un chirrido. Continúa por un camino lleno de charcos hasta una zona en la que hay varias casetas; una de ellas tiene un cartel hecho con cartón donde pone «oficina» pintado con spray, y a su lado se ve un amarillento equipo de aire acondicionado.

Frente a ella hay tres casetas idénticas salvo por el letrero, donde se detiene el vehículo.

–¿Quiere que le acompañe, Señor? –pregunta Rodolfo al apagar el vehículo antes de bajarse del coche para abrir la puerta como manda el protocolo, dándole tiempo para pensar la respuesta.

–No –responde–. Asegúrate de que nadie nos moleste.

–Entendido, Señor.

Rodolfo comprueba con movimientos rápidos que su pistola está cargada y con el seguro quitado antes de volver a guardarla bajo su chaqueta. Señor mira unos instantes las casetas frente a ella.

Hace años que su hermano vive ahí; sin embargo, nunca le ha visitado. Se arma de valor, da dos pasos, empuja con suavidad la puerta y entra.

–Hola, hermana –le saluda una enorme bola de grasa y músculo sentada en un sillón, vestida tan solo con unas ajustadas bermudas que hace años dejaron de ser su talla. Sostiene un iPad Pro de 13 pulgadas que en sus manos parece un simple teléfono.

Señor no responde, solamente lo mira. Pese a la cura que otorga el tiempo, hay heridas que no cicatrizan. Un incómodo silencio gobierna la habitación durante varios minutos.

–¿Qué necesitas? –pregunta al fin su hermano con una voz tímida que contrasta con su físico. Señor se repone. No le salen las palabras, así que camina hasta colocarse frente a él mientras saca la agenda del bolsillo interior y busca la nota.

–Lee –dice pegando la nota con el poema en la pantalla de su iPad.

Nací ya condenado,
sin grilletes, sin soga.
¿Libre? No, ni juzgado.
Ya me pesa la soga.

Mi existencia es efímera,
no debí llegar a existir.
¿Tal vez una quimera?
Mentira, pues puedo sentir.

Sin esperarte, nos hemos hallado.
Ya en mi alma, tu rostro quedó grabado,
y es ahora cuando estoy derrotado.
Al matar a tu hijo, me he sentenciado.

Junto a mí lo he guardado,
de tu vida lo he alejado.
A mis espaldas lo he cargado.
En mi vitrina no será olvidado.

–¿Qué es esto? –pregunta, extrañado, tras leer el papel.

–Alguien entró ayer en casa y lo dejó sobre mi cama.

Señor se siente torpe, nota que no puede estructurar frases completas.

–¿Y por qué me lo traes? –Acher se incorpora, da la impresión de que va a chocar con el techo.

Con pasos vacilantes se dirige hasta la pared del fondo y abre las cortinas. La luz perfila cientos de heridas de distintos tamaños por todo su cuerpo.

–Hace un mes que desapareció Manuel.

Dice fingiendo buscar algo en su teléfono móvil. No soporta ver esas cicatrices, recuerda muy bien cómo se produjeron.

–En un principio pensé que se había fugado para conocer las subdivisiones de nuestras empresas... como hiciste tú.

Su voz se quiebra. Su hermano recibe las palabras como un latigazo, se encoge sintiéndose desnudo y se gira para ocultar las cicatrices de su espalda.

–Esa nota es la confesión de su asesinato –dice al fin logrando recomponerse y usar un tono neutro.

El silencio regresa. Se miran a los ojos por primera vez en décadas, siguen pudiendo comunicarse sin necesidad de decir nada.

–Ese poema es burdo –Señor se centra en la visita, la primera tras décadas–. La persona que lo ha escrito no es hábil. Rimar «soga» con «soga» es de no tener estilo.

–Yo, tan solo soy un humilde chatarrero –sonríe Acher encogiéndose de hombros–. Todas esas cosas...

–¿Cuántos años llevas ya con este juego? –pregunta Señor clavando la mirada en su hermano–. No necesito a mi hermano empresario sin alma, y desde luego tampoco a un chatarrero... –Señor clava los ojos en los de su hermano sin terminar la frase.

–Entiendo... –responde girándose y se dirige a una pequeña nevera, la abre y saca una botella de batido de

fresa, abriéndola en el mismo movimiento, y da un largo trago.

–Impresionante… –dice Señor recordando cómo hubo una época en que su hermano únicamente se alimentaba de esos batidos para exasperación de su padre.

–¿Sospechas de alguien? –pregunta dejando la botella sobre la encimera.

–De todos y de nadie. –Señor mete las manos en los bolsillos y centra su vista en la punta de sus zapatos, como si eso le ayudase a centrarse–. La junta directiva va por mí –dice tras un lapsus, dirigiéndose a la mesita donde dejó su hermano el iPad; recoge la nota y la guarda de nuevo–. Hoy tengo una reunión convocada por ellos.

Su voz cambia, no tiene alteraciones, su respiración es suave y rítmica.

–Van a intentar expulsarme de mi propia empresa.

–Sigo sin ver qué esperas de mí –pregunta mirando con pena el escaso contenido del batido–. ¿Quieres que ayude a la policía?

–Lo que le pasa a la familia lo resuelve la familia –Señor hace un gesto despectivo con la mano.

–¿Qué debo hacer? –Acher también cambia su tono de voz, no quiere más rodeos.

–Encuéntralo y haz que sirva de ejemplo –dice tras unos segundos de duda.

Señor mete las manos en los bolsillos de nuevo, no sabe qué hacer con ellas y eso le preocupa.

–He intentado cambiar las cosas –se detiene frente a la ventana–. Sentía que al fin podía lograrlo, y como recompensa me arrebatan lo único que tengo.

–La gente te quiere y lo sabes –su hermano da un paso hacia ella, levantando una mano en su dirección, pero un

muro invisible lo detiene antes de comenzar–. Te respetan, eres su única opción de cambiar su vida.

–En la ciudad vieja, en tu territorio. –Se gira despacio para mirar a su hermano, ve su súplica en sus ojos, está derrotado–. Como he dicho, mi campo de batalla ahora es la ciudad nueva y ahí todos me odian.

Una sonrisa se dibuja en la ancha cara de Acher. Agarra la botella de batido y comienza a hacer que gire el escaso contenido en un remolino.

–Eso significa que estás haciendo las cosas bien, te recuerdo que a mí los de la junta me adoraban… –Se encoge de hombros sonriendo de forma estúpida–. Y mira mi recompensa.

–¿Y cuál es la mía? –replica sin pensar Señor–. Ni tan siquiera puedo llorar a mi hijo.

Señor se queda petrificada, no sabe por qué ha dicho eso, siente que el pecho le arde.

–Estás aquí porque quieres –responde Señor tras unos instantes para cambiar de tema.

–Estoy aquí porque lo necesito –responde Acher sin convicción, haciendo como si no hubiera escuchado a su hermana.

–Y yo te necesito a ti, al cien por cien. Así que te compro esto, voy a construir aquí uno de mis centros de formación, no quiero que pierdas más tu tiempo.

Señor observa a su hermano. Por unos instantes vuelven a estar en el salón de casa; vuelve a ser un joven elegante, escuálido y pálido por no darle nunca la luz del sol, flamante con su traje a medida y explicándole el mercado de valores con paciencia, los ambiciosos planes que tenía de expansión y cómo expandiría la Ciudad Nueva comenzada por su abuelo y que, ahora, es la Ciudad Vieja.

–Como quieras… –responde Acher lanzando el bote vacío a la papelera.

–Y cuando termine esto quiero que ocupes el lugar que te corresponde en la junta directiva.

–¿Yo? –responde sorprendido, sin ser capaz de terminar la frase Acher.

Señor no dice nada más, mira con detenimiento a su hermano retándole a negarle algo.

–Sabes que a Manuel le gustaba demasiado la noche e ir donde no debía ¿verdad? –dice Acher cambiando de tema de forma torpe.

–Hace años que tengo claro que mi hijo salió más a su padre que a mí… –murmura Señor.

Al decir esto se endurece y su hermano se congela, adquiriendo su tez la blancura del papel.

Aprovechando la conmoción, Señor da unos rápidos pasos hasta la puerta, la abre y, mientras la está cerrando, duda, se gira y mira a su hermano de reojo.

–Ten cuidado con lo que te encuentras.

EL RICHAL 07:30

Raíces

La calle se sobresalta con el botar de una pelota desgastada y los gritos de unos niños corriendo por la calle tras ella.

Hace escasos minutos sus padres arrastraban los pies bostezando para ir a buscar el sustento y ahora ellos, despreocupados, son los que disfrutan de un nuevo día.

–¡A ver si le das al semáforo! –grita un niño pasando la pelota a su amigo. Este la detiene con el pecho dando un pequeño salto y de una patada la lanza a un portal que se encuentra a bastantes metros de distancia del semáforo.

–Casi... –replica su amigo dándole ánimos mientras otro corre a buscar la pelota al otro lado de la calle.

Siguen ríenndo y corriendo ajenos a todo lo que no forma parte de su juego, al contrario que los edificios que fingen seguir dormidos por miedo a los gritos que salen de casa de La Asun.

–¡Mátame, mátame, maldito, cobarde! ¡Acaba con esto de una vez! –grita una voz de mujer cargada de dramatización.

–Mira, igual lo hago solo para que te calles –responde la voz de un joven airado.

–Serás capaz, desgraciao, yo que te lo he dao to a ti, que has salido de mis entrañas.

–Para qué diré nada... –dice para sí El Richal mientras continúa metiendo con paciencia la ropa en su maleta.

–Maaaaa calla ya, coño, que no oigo la peli –grita la Lore desde su cuarto.

–¡Eso, eso, cría cuervos que te sacarán los ojos! –La Asun se deja caer al sofá fingiendo un desmayo.

La paz vuelve a flotar con timidez en el pequeño piso unos instantes, hasta que el Richal aprovecha para cerrar a toda prisa la maleta, agarrarla con firmeza y dirigirse con pasos rápidos a la calle.

–Mira, niño, mal rayo te parta como seas capaz de salir de esta casa sin despedirte.

La Asun se incorpora con una agilidad impropia de su edad y condición física. Es una mujer machacada por la vida que sigue levantándose a pelear cada día como si fuese el último. Su mirada afilada y piel tersa por estar siempre en tensión hacen imposible que pase desapercibida. Aderezada con su permanente luto de color rosa porque el negro le hace parecer vieja.

Se pone firme señalando a su hijo, que está agarrando el pomo de la puerta para salir, como si le lanzase un maleficio.

–Pero mamá, pa lo moderna que eres cuando quieres y lo antigua pa lo que te interesa –dice La Lore saliendo de su cuarto, contoneando las caderas entre una armonía de pulseras, cadenas, pendientes y anillos suficientes como para convertirla en un pararrayos.

–Que te vaya mu bien, Richal, enséñales a esos de la Ciudad Nueva que también hay gente lista en la vieja. Abraza a su hermano y le marca su carmín rojo en ambas mejillas con sonoros besos.

–Eso, vete, huye de tu apestosa familia –murmura La Asun sin moverse de su sitio.

–Mira, mamá. ¡Ya vale! –El Richal deja caer la maleta y se gira para enfrentarse a su madre. –Llevas toda la vida taladrándonos con que tendría que haber más gente como Señor, que te consiguió el trabajo al fallecer papá. –

Comienza El Richal conteniéndose para no elevar la voz en exceso.

–No uses ese… –comienza a decir La Asun blandiendo amenazadora su dedo índice.

–Luego que yo pude estudiar gracias a sus centros para poder acceder a educación.

–Ea, ya te crees con derecho a replicar incluso a tu madre. –La cara de La Asun comienza a adquirir un peligroso tono a juego con su ropa.

–Y que con mis notas ayudaba a que otros de la Ciudad Vieja accediesen a ellos. –El Richal se esfuerza para bajar su tono hasta casi un susurro–. ¿Y cuándo me ofrecen un trabajo quieres que lo rechace? ¿Qué imagen daría para el resto de la Ciudad Vieja?

–¡Toma! De tu propia medicina Má ja, ja, ja –ríe La Lore dando una palmada y simulando que dispara a su madre con las manos.

–Encima, segurata –murmura La Asun mientras camina hacia su hijo y le da un abrazo.

–Pero en la Uni Má, eso no es nada –grita desde su cuarto La Lore, que parece prestar más atención a la discusión que a la película.

–Gracias, hermana –pero La Lore hace que no le oye; ha regresado a su cuarto a terminar de ver su película dando por finalizada la despedida.

–Nunca olvides de dónde vienes, hijo –dice La Asun soltando a su hijo y abriendo la puerta de la casa.

–Hermanito… –grita La Lore, corriendo de pronto hacia él con los ojos brillantes–. Espera, que me bajo contigo. He quedado con Fortunata en un rato pa desayunar.

La Lore apaga el monitor y corre hacia su hermano, que la espera con la puerta abierta.

–¡Hasta luego, mamá! –grita La Lore, cerrando la puerta y ahogando las protestas de su madre.

Bajan en silencio a la calle, que termina de desperezarse con calma.

El Richal se muerde nervioso los labios con la mirada fija en el suelo, saluda por inercia con la mano a los niños, que se lo devuelven deseándole suerte, y mira con cariño la descuidada calle donde también él jugaba a fútbol de pequeño.

–Eres un mierdas –dice La Lore con amargura en la voz, mirando a su hermano con un brillo de ira en los ojos.

–¿Y qué quieres que haga? –pregunta El Richal con un hilo de voz.

–Nada, sigue lamiéndote las heridas. –La Lore se gira y comienza a caminar.

–¿Qué tal está? –pregunta con timidez El Richal.

–Jodida, ya sabes que lleva varias semanas jodida –responde La Lore sin detenerse.

–Yo... –musita El Richal, aunque La Lore ya ha girado la esquina–. Soy un mierdas –termina la frase para sí mismo.

Suspira resignado, sigue mirando la calle por la que ha girado su hermana para ir a casa de Fortunata, siente un pinchazo en el corazón y se gira para mirar la larga calle que le conducirá hacia la Ciudad Nueva.

–Casi dos horas –murmura mirando el reloj, agarra con fuerza su maleta y emprende el camino.

La Ciudad Vieja está dividida en secciones; la mayor parte son manzanas enteras abandonadas porque no llega la luz o el agua a ellas, y deben atravesarse varias hasta llegar a la siguiente zona habitada.

Vive en la periferia, por lo que debe atravesarla entera, algo que hace cada día su madre para ir a trabajar y él no había hecho nunca.

–Vaya palizas te pegas cada día, madre… –murmura El Richal siendo consciente por primera vez de la implicación de trabajar en la Ciudad Nueva sin tener vehículo.

Atraviesa los distintos barrios con paso rápido, aunque según se acerca a la frontera con la Ciudad Nueva comienza a fijarse en los detalles: las fachadas, arregladas y pintadas; las calles tienen las aceras reparadas; incluso hay cafeterías que tienen terrazas en ellas.

–Solo mi madre quiere recordar de dónde viene. –Murmura El Richal mirando sin disimulo varias parejas que están desayunando sentados en una terraza, charlando a gritos y riendo de forma exagerada.

A continuación llega a la Gran Avenida, cuatro carriles que bordean el Parque de las dos ciudades y por el cual cruzan vehículos que pasan de una Ciudad a otra, y por donde siempre se ve a los chicos de Platero y Yo circulando entre ellos, tomando nota de quién entra, sale y a qué hora…

–Pequeños espabilados –sonríe mientras ve cómo lanzan globos llenos de pintura a la luna de un vehículo cuyo conductor intentó golpear con la puerta a una niña que iba en patines. Al ver a El Richal, dos niños corren y colocan un largo palo para detener el tráfico. El Richal les sonríe agradecido y les da unas monedas, tras lo cual se apartan corriendo para dejar que continúe el tráfico; ningún conductor protesta por la maniobra.

–¡…Y no piensan hacer nada! –grita el hombre del vehículo inmovilizado por la pintura a una pareja de policías que están en la entrada del parque de las dos ciudades.

–Buenos días –saluda El Richal al pasar junto a ellos conteniendo la sonrisa.

–La rotonda pertenece a la Ciudad Vieja, y está fuera de nuestra jurisdicción –dice con voz cansada uno de los policías mientras saluda con la cabeza a El Richal.

–¡Pero ustedes han visto lo que han hecho a mi coche! –exclama con la cara roja de ira el hombre.

–También hemos visto cómo usted abría la puerta del conductor en la calzada…

–Y ahora tendrás que pagar la grúa de Acher, listo –murmura El Richal adentrándose en el parque y no pudiendo escuchar cómo termina la conversación, aunque le encantaría quedarse cerca disimulando.

Nunca antes había estado en el parque de las dos ciudades. Pasea despreocupado bajo la sombra de los árboles, sorprendido de lo cuidado del césped, los macizos de flores y, sobre todo, la cantidad de jardineros que están trabajando.

–Tan cerca y tan lejos… –murmura acelerando el paso al fijarse en su reloj y ver la hora que es.

El parque está dividido en dos por un lago habilitado para que naveguen tanto barcas como patines acuáticos con forma de cisnes, patos, tortugas…, que suelen estar ocupados por parejas o familias con sus hijos.

Los peatones disponen de cuatro puentes para poder cruzarlo. El Richal se detiene frente a uno de ellos: es de madera, se nota que recibe lijado y barnizado de forma periódica. Lo atraviesan sin cesar gente haciendo deporte, paseando a los perros o ancianos paseando con todo el tiempo del mundo.

El Richal lo percibe como un enemigo, una última línea que le desafía a cruzarla. Al fin tensa la mandíbula, estira la espalda y avanza decidido para cruzarlo sin mirar atrás.

No puede evitar sentir un escalofrío al hacerlo. No se atreve a mirar a su alrededor; aprieta los labios, tensa los músculos y acelera el paso para salir de ese parque.

–Dios mío… –dice al atravesarlo y llegar al otro extremo de la Gran Avenida. –¿Esto qué es? –se pregunta a sí mismo.

Siente que la Ciudad Nueva lo desprecia: sus rascacielos lo miran hinchando el pecho, desafiantes; sus cristaleras lo ciegan intentando ahuyentarlo. Calzadas de cuatro carriles, aceras de cinco metros de ancho con hileras de árboles para tener sombra en verano, semáforos en funcionamiento, escaparates de tiendas de tres metros de altura.

Cuando logra reponerse continúa su paseo hasta llegar a las grandes avenidas centrales y comenzar el último tramo que le separa de su destino. A lo lejos ya puede ver el tejado característico del Paraninfo de la Universidad. Deja la maleta en el suelo, se enjuga el sudor y se permite mirar a su alrededor.

–Es como en las películas… –musita El Richal asombrado–. Tan cerca y tan lejos.

–¿Cómo podía estar tan equivocado? –murmura al ver una pareja de barrenderos con un uniforme limpio recogiendo unas hojas de los árboles al borde de la calzada. –Un trabajo de mierda más –se dice a sí mismo recordando lo que pensó al recibir la oferta de trabajo.

Ya puede ver el edificio del paraninfo al otro lado del paso de cebra. Vuelve a mirar a su alrededor como si acabase de despertar de un profundo sueño.

Todo está limpio: no solo no hay basura, tampoco piedras, ramas secas; las ventanas de los edificios están limpias… Al cruzar el paso de cebra siente que sus vaqueros y camiseta están gastados.

Se ve reflejado en la cristalera de la puerta de entrada del Paraninfo. Le sudan las manos, se avergüenza tanto de la ropa que lleva en la maleta como de la propia maleta. A través de su reflejo ve unas personas discutiendo en el interior.

Deja de respirar, no se atreve ni a moverse. Un hombre bajo, grueso y calvo lo ve, lo señala y se dirige hacia él.

–¡Esto qué es! ¿Vais a venir ahora todos los pordioseros aquí? –grita entreabriendo la puerta de cristal.

–Yo… –El Richal en otra circunstancia le hubiese dado una buena paliza, pero este no es su ambiente, no conoce las reglas, se siente indefenso.

–¡Anda, si por lo menos sabe hablar! –dice ametrallándolo con saliva.

–Soy El… Ri…Ricardo, señor –logra decir al recuperarse –. Soy el guardia de seguridad nuevo, vengo a hacer una sustitución.

El hombre lo mira con incredulidad, cierra de nuevo la puerta y se aleja para entrar en una habitación lateral. Tras unos minutos vuelve y abre la puerta para que pase.

–¿Así que vienes de la Ciudad Vieja, eh?, de los centros de formación –dice mientras comienza a caminar con paso rápido por el pasillo sin esperarle.

–Así es, Señor… –dice El Richal esperando que el hombre se presente.

–Otto, soy el Rector y ahora mismo voy a saber si sirves para este puesto o no. Al decir esto se detiene frente a una salida de emergencia.

–Ahí fuera hay un pordiosero rebuscando entre la basura, deshazte de él. Cuando lo hagas ve a recepción, ahí te darán tu contrato y te explicarán todo. –Otto se gira sin darle tiempo ni a abrir la boca–. Y date prisa, a las once

tenemos un evento y quiero que te encargues de que nadie ande rondando por estas zonas exteriores.

Otto está ya a varios metros de distancia, pese a ello El Richal nota cómo si le estuviese gritando al oído.

–Pues empezamos bien… –murmura abriendo la puerta y saliendo al exterior.

Es un patio trasero amplio, con suelo de hormigón y cuatro grandes contenedores. Hay un hombre inclinado sobre uno de ellos y, en el suelo junto a él, varias pilas de carpetas y folios.

–Señor, esto es una propiedad privada, no puede estar aquí –dice forzando la voz, preguntándose qué tono debería emplear como guardia de seguridad.

–No estoy haciendo daño a nadie… –responde el hombre mientras se baja y se gira en su dirección.

–¿Domingo? –pregunta sorprendido El Richal.

–¡Richal! ¿Pero qué haces aquí? –Domingo se acerca a él sonriendo.

–Me han llamado para trabajar, un tipo se ha puesto malo o algo así, tengo que cubrirle una semana –responde entre aliviado y avergonzado por la situación.

–Vaya, vaya, has empezado a trabajar en la Ciudad Nueva, ¡enhorabuena, hombre!

–No sé qué decirte, lo primero que me han dicho es que me deshaga de ti, así que… –El Richal baja el tono de voz al darse cuenta de lo que acaba de decir.

–Tranquilo, hombre, ya me marcho. –Domingo se gira y recoge las montañas que ha preparado–. Platero y Yo van a montar un podcast o algo así en el bar, ¿sabes?

–¿Pero tienes equipo en El Perro Borracho? –pregunta sorprendido El Richal.

–Yo solo pongo el local –dice caminando hacia la salida acompañado por El Richal–. Y como siempre aparecen

muchos chavales con ellos, pues los entretendré enseñándoles a dibujar.

–¿Vas a volver a dibujar? –pregunta sin poder ocultar la sorpresa El Richal.

Domingo se gira, da un cariñoso golpe en el brazo a El Richal y le sonríe.

–Sí, me he cansado de quejarme y quiero hacer algo. Estos chavales siempre están alegres y haciendo cosas. Yo también quiero hacer algo.

El Richal lo mira a los ojos, recuerda cuando de pequeño todos corrían a ver a Domingo para que les hiciese dibujos con bolígrafo en los brazos y presumían de tener tatuajes... cuando no estaba tan borracho que no podía ni sujetar un bolígrafo, claro.

–¡Me alegro por ti, chaval! –grita Domingo levantando el brazo a modo de saludo mientras regresa a la calle.

–Y yo por ti, Domingo.

CALISTO 11:00

Hienas

El corazón lucha por escapar de la cárcel de hueso con tanta fuerza que Calisto no se atreve ni a intentar respirar.

Coloca de forma temblorosa su mano izquierda sobre el pecho, deslizando con inseguridad sus dedos sobre la tela de la camisa intentando masajear el dolorido pecho. Tras varios intentos sin éxito se deja caer en el suelo apoyando la espalda contra la pared en señal de rendición.

Cierra los ojos, deja que sus brazos caigan a sus costados sin fuerza y reclina la cabeza hacia atrás, en ese momento la tensión se afloja y el nudo que le impide respirar le concede una breve tregua.

–Bravío corcel, no me doblegarás –musita reconociendo la última fase del ataque.

El caballo también lo nota y se agita con las energías que le quedan, a Calisto se le nubla la vista y las sienes le palpitan.

–Es tu última arremetida, vuelvo a ganar –sonríe.

Su frente se perla con gotas de sudor, y apoya ambas manos en el suelo; un nuevo cargamento de aire llega a sus pulmones.

–Todavía es pronto –se dice en un susurro esforzándose por no intentar abrir los ojos.

Se centra en cómo la tela de su americana se frota contra la pared, percibe la textura rugosa del suelo en las yemas de sus dedos y el intenso olor del papel y la tinta.

–Eso es, chico; trota, no galopes –susurra el joven.

Apoya la rodilla derecha en el suelo y logra ponerse en pie impulsándose apoyándose con una mano en la pared.

La puerta se abre de improviso con tanta violencia que al chocar con el tope del suelo casi se vuelve a cerrar.

–¡Sabía que estarías escondido por aquí! –grita una voz desde la oscuridad asustando a Calisto que casi se vuelve a caer al suelo.

La silueta de un hombre de estatura baja y un perímetro abdominal desproporcionado se recorta al contraluz de la puerta.

La luz de emergencia se refleja en su calvicie y avanza hacia él resoplando como una vieja locomotora de carbón por el esfuerzo que representa tanta actividad inesperada.

El caballo se reaviva y da un salto para librarse del suave control que ha ejercido sobre él y logra cerrar de nuevo el conducto de aire.

Un gemido sube por la garganta de Calisto y sus rodillas vuelven a doblarse haciendo que caiga de nuevo al suelo.

–¡Deja de hacer el imbécil! –grita el orondo hombre agarrándole de las axilas y levantándolo.

–¿Quién eres? –Logra articular Calisto entreabriendo los ojos y viendo su cara reflejada en la pulida calva.

–¡No me jodas que te has drogado! –grita el hombre zarandeándolo sin contemplaciones.

Calisto apoya sus manos en unos hombros anchos, sus rodillas reciben de nuevo instrucciones y logra sostenerse por sí solo.

–¡Si no fuera por lo importante del evento, te calzaba dos tortazos que se te iba la tontería rápido! –le ametralla con saliva produciéndole una oleada de asco que activa todos sus sentidos.

–Yo… ya estoy mejor –miente sacando un pañuelo para limpiarse la cara, notando cómo escalofríos le recorren

todo el cuerpo ante la posibilidad de recibir otra andanada de saliva.

Reconoce a Otto, el rector de la Universidad, donde está terminando el doctorado.

–¡Cuánta mili os falta a los jóvenes de hoy, qué asco me dais todos! –dice dándose la vuelta y caminando hacia lo que cree que es el almacén de papelería de la Universidad.

–Venga, después del descanso tengo que entregarte el premio por tu investigación.

Otto se adentra en la oscuridad del pasillo sin esperarle, sabiendo que le va a seguir sin rechistar.

Las luces están apagadas, Calisto imagina que Otto no las enciende para castigarle, y en realidad se lo agradece, la intensidad de las luces LED le hace daño. Así que ambos caminan guiados por el tenue haz de las luces de emergencia.

Recorren varios pasillos a buen ritmo con Otto marcando el paso, Calisto le sigue con una mano apoyada contra la pared, el sonido de la locomotora le va guiando y prefiere mantener la vista centrada en el suelo.

Se va aclarando su mente poco a poco, ha tenido que ponerse el traje que tanto odia para los eventos, estaba de camino al salón de actos, en ese momento es consciente de que está escuchando por la megafonía cómo hablan de él. Se detiene unos segundos para escuchar lo que dicen.

–... su brillante innovación en el campo de la seguridad informática, siendo pionero en la creación de una red de defensa cuántica adaptativa basada en IA para sistemas críticos...

–Ese soy yo... –murmura volviendo a desconectar el cerebro y reanudando la marcha hasta chocar contra algo sudoroso que le gruñe.

–Ten cuidado, imbécil –le dice Otto girándose para mirarle; el recuerdo de su mortífera metralla le espabila de golpe.

Mira a su alrededor, ya han llegado al salón de actos y se han colocado detrás del escenario.

–En unos minutos salgo yo para presentarte, espabila imbécil.

Calisto vuelve a cerrar los ojos unos instantes, gira el cuello, la cabeza y los hombros concentrándose en su respiración.

Cuando termina los abre despacio mirando a su alrededor, ve las cámaras de las televisiones locales y a los presentadores aburridos mirando el móvil, esperando que termine la presentación.

–Oh mierda –masculla recordando de golpe los horrendos ensayos y todo el tiempo perdido en ellos.

–Pasa algo –dice percibiendo un cambio brusco: silencio, música y la voz de Otto por megafonía.

–Las hienas esperan la carnaza por la que han pagado... –murmura.

Otto está en el escenario. No logra entender lo que dice; su mente divaga entre los asistentes, los flashes de las cámaras y los pilotos rojos de las cámaras de vídeo. Alguien le da un codazo en las costillas.

–Sales ya –susurra una voz junto a él, y logra centrarse en lo que dice Otto.

–... y así es como he logrado traer a esta Universidad, que en realidad es un segundo hogar para sus estudiantes, a Calisto, este prodigioso joven que se ha convertido, para mí, en un hijo.

–Pues sí que sabes mi nombre, cabrón –murmura mientras sale al escenario.

Activa su modo de supervivencia y se transforma, desde pequeño ha tenido que agradar a las hienas para que no le devoren, demostrando lo inteligente y obediente que es.

Desde pequeño se ha entrenado en identificar sus risas falsas, sus halagos falsos y sus caricias de hielo, son hienas que ríen todo el rato pero le desprecian por ser diferente.

Se dan un apretón de manos, sonriendo ante las cámaras, Otto cuenta unos chistes sin sentido, posan con el trofeo de la Universidad. Tras varias rondas de fotografías y poses Otto estira el brazo y le señala las escaleras para bajar.

Calisto traga saliva con esfuerzo, fuerza la sonrisa respirando nervioso y apretando los dientes. Con los puños cerrados con fuerza baja las escaleras para comenzar a saludar a los asistentes.

Es la parte que más odia pero también la última: hacer la pelota a los ricachones que pagan su investigación. Sonríe, estrecha manos, da besos, acepta copas con bebidas...

Cada sonrisa y foto es una pequeña victoria que le conduce a la libertad. Los primeros son los más importantes, hay una clara jerarquía en base a cuánto dinero aportes. Los mecenas se quedan en su privilegiado sitio; es él quien debe avanzar hasta el fondo saludando a todos, y llegando así a su meta.

—Muchas gracias por su apoyo... —dice con una sonrisa permanente en la cara a cada nuevo grupo que llega.

Se deja tocar, que le pasen el brazo por los hombros para hacerse una foto; todo le parece bien con tal de terminar. Su objetivo es llegar a la última mesa de canapés, donde justo tras ella está la pared con la salida de emergencia al lado.

Sonrisa, apretón de manos, foto, sonrisa apretón de manos, dos besos, foto... Pierde la cuenta de cuántas veces

lo ha hecho, ya no ve nada, todo son risas de hienas a su alrededor y él las satisface para que no le devoren.

De pronto nadie estrecha su mano, nadie le agarra de la cadera o le pone una mano en el hombro, desconcertado mira a su alrededor, está solo.

Ve a escasos metros la última mesa de los canapés, lucha para que lágrimas de alegría no le delaten y camina con naturalidad hasta su ansiada meta.

Camina buscando a Otto, sigue junto al escenario rodeado de los que, no le cabe duda, son las personas más ricas de la ciudad.

Coge un canapé sin mirar ni de qué es. Vuelve a escrutar la zona a su alrededor, camina hasta el final de la mesa y con la mano libre coge una copa que supone es de champán.

–Nadie se fija ya en mí –se dice satisfecho dando una vuelta completa a la mesa, sonriendo y saludando, levantando la copa a todo aquel que mirase.

Camina distraído pegado a la pared hasta apoyarse en la puerta de emergencia, termina el canapé y deja la copa sobre la mesa tras apurarla de un trago y con un rápido movimiento de cadera acciona la barra para abrir la puerta. Siente el aire en la cara, las sonrisas falsas desaparecen al otro lado de la puerta, a lo lejos percibe sonido de tráfico. Cierra los ojos y cuenta hasta treinta mentalmente. Nadie sale a buscarlo. Solo entonces se permite gritar con todas sus fuerzas arrojando el trofeo al suelo con rabia. Se acuclilla y rompe a llorar.

Permanece así unos minutos hasta que siente que ya no le quema el aire al respirar. Se levanta, recoge el trofeo del suelo, camina arrastrando los pies hasta llegar a un grupo de contenedores de basura y deja caer sin fuerza en su interior el trofeo, y vomita.

–¡Eh, borracho, lárgate a tu casa a dormirla! –grita una voz a su espalda.

Calisto se deja caer en el suelo sin fuerzas, ve de forma borrosa cómo un hombre llega hasta él.

–Ah, eres el genio ese protegido de Señor –dice una voz de hombre al reconocerle.

–No… no estoy borracho –replica Calisto.

–Me da igual.

Calisto logra enfocar la vista. Es un chico joven, delgado y con cara de, como acaba de indicarle, darle todo igual. Viste el uniforme de guardia de seguridad de la universidad; debe ser nuevo porque no le ha visto antes.

–¿Tú quién eres? –pregunta Calisto–. No te había visto antes.

–Soy El Ri… Ricardo–. Soy nuevo.

–Yo… no me encuentro bien.

–Me he dado cuenta yo solo, sí –dice Ricardo mirándolo con curiosidad.

Se miran el uno al otro. Ninguno quiere estar ahí y no sabe qué hacer o decir.

–Me han dicho que no permita que nadie esté en estas zonas… Supongo que tú puedes estar donde quieras.

Ricardo se gira y continúa caminando por el contorno de la Universidad marcando secciones en una tablet.

–¿Protegido de Señor? –se pregunta Calisto viendo cómo se aleja.

ACHER 12:30

Nueva oportunidad

La luz que se cuela por debajo de la puerta comienza a retirarse haciendo que las motas de polvo que bailan en ella desaparezcan del campo de visión de Acher.

Un hormigueo recorre su tobillo derecho y comienza a mover con cuidado los dedos para verificar que ha recuperado el control de su cuerpo. Apoya con fuerza las palmas de las manos en el suelo y se incorpora despacio, verificando de forma minuciosa que cada articulación se comporta como debería.

–Ahora no puedo fallar –masculla caminando hacia la encimera para coger su teléfono móvil y realiza una llamada.

–Mañana iré a inyectarme el tratamiento experimental –dice en cuanto descuelgan.

–¿Acher? –responde una voz con incredulidad–. ¿Qué dices? Sabes que aporta mejoras pero no es estable y...

–Tendrá que ser suficiente.

Cuelga la llamada y deja el teléfono en la encimera para dirigirse al baño quitándose la camiseta y dejándola caer al suelo; el espejo de cuerpo entero le devuelve una imagen que no reconoce. Su cuerpo esculpido con duro entrenamiento y combate en África ahora es una masa amorfa.

–Doy pena... –dice golpeándose con la palma abierta la panza entrando en la ducha tras quitarse con dificultad las ajustadas bermudas.

Abre al máximo el grifo del agua fría y deja que recorra su cuerpo varios minutos.

–Fallé a mi hermana –murmura dando un puñetazo en la pared–, fallé a mi ciudad... –retumba otro puñetazo–. Y me fallé a mí.

Murmura dejándose caer al suelo como un muñeco roto ocultando su cara con unas agrietadas manos.

–Mi hermana que siempre me decía cuando era una niña que estaba destinado a hacer grandes cosas –murmura notando cómo se enfría su cuerpo bajo el chorro de agua–. Y siempre le he fallado –sus lágrimas se deslizan de sus manos para perderse junto a las gotas de agua.

Su cuerpo se convulsiona comenzando a tiritar y, pese a ello, no siente que le revitalice como en otras ocasiones; se incorpora para salir cuando ve la bolsa con los materiales de afeitado. Los coge y comienza a rasurarse la cabeza.

Primero retira el trozo de peluquín que le cubre la placa metálica del implante craneal, después elimina de forma meticulosa los trozos en los que le queda algo de pelo natural. Al concluir, su cráneo brilla con el relieve de las antiguas cicatrices.

No puede evitar que un escalofrío recorra su cuerpo al recordar el golpe del machete que le quebró el cráneo; de forma instintiva se encoge y protege esa zona con las manos.

–Éramos niños, mi hermana nunca debió estar ahí.

Las yemas de sus dedos recorren el contorno rugoso de la cicatriz, al retirar la mano con la que se lo ha cubierto. Sus dedos se deslizan con calma, acaricia la rugosidad de los bordes irregulares ocasionados por las costuras, vuelve a percibir el sabor de sus lágrimas, el olor a sangre, el estruendo de la risa y el sopor de las drogas.

Retira la mano y cada centímetro de su ser recuerda ese dolor que sintió durante semanas.

–Quizá nunca debí ocultarte –murmura enjabonándose las manos y siguiendo el recorrido de la cicatriz con calma desde encima del ojo derecho hasta la zona superior de la oreja derecha, subiendo después hasta casi el centro del cráneo donde se detiene y apoya las dos manos.

–Eres mi marca de la vergüenza. ¿Quién me creía que era para ocultarla?

Apaga el agua y sacude la cabeza sintiéndose libre como hacía décadas que no lo hacía. Se seca de forma enérgica con la toalla de manos al darse cuenta que no ha cogido ninguna para ducharse y tras arrojarla al suelo junto a las bermudas la pisa para intentar secar la planta de los pies y se dirige chorreando hasta la esquina donde una gruesa tela gris oculta su cama.

Se agacha junto a ella y saca de debajo una maleta de piel. La coloca sobre la almohada, frota las palmas de las manos sobre la colcha para intentar secarlas y, con delicadeza abre la maleta y extrae con el cariño de un ritual un traje de seda rojo vivo, una camisa gris oscuro y una corbata blanca.

Del fondo coge una bolsa con el membrete de Carmina, de cuyo interior saca unos zapatos de un granate profundo, rematados con hebillas anchas negras.

Se yergue, cierra los ojos y comienza a vestirse despacio, con la precisión de un militar y el cariño de un artista.

–Quien necesita un espejo para asegurarse de que está correctamente arreglado, es que no lo está –murmura con rabia al concluir y estirar con las manos la chaqueta notando cómo le tira de sus anchos hombros.

Al concluir se gira y camina unos pasos para colocarse frente al espejo y de un potente puñetazo lo hace añicos atravesándolo.

–Tendrá que ser suficiente…

Dice girándose para salir al exterior. Mira con desagrado el suelo embarrado, después con pena sus caros zapatos de piel y su delicado traje.

Un penetrante silbido le hace girarse, ve a Lázaro subido a una montaña de neumáticos agitando la mano.

–Gilipollas… –murmura sonriendo, mientras se le acerca mirando con cuidado donde pisa, pensando que va a hacer alguna broma sobre su aspecto.

Lázaro lo mira sorprendido, pero se abstiene de hacer comentarios.

–Me acaban de decir los chavales que ayer dieron una paliza al misionero, lo han encontrado esta mañana.

Acher lo mira sin comprender lo que está diciéndole, lo escucha pero su cerebro no lo procesa.

–Están atendiéndole en El Perro Borracho porque se negó a ir al centro de salud.

–¿Es grave?

–No sé nada más… mañana tenía que ir con él a una reforma que quiere comenzar –Acher nota cómo se le quiebra la voz al hablar.

–Voy a verlo ahora mismo –dice Acher alejándose de Lázaro sin tener claro hacia dónde va–. Empezará a venir gente de Señor –dice deteniéndose y girándose hacia Lázaro–, le acabo de vender esto para crear un centro de formación.

–¿Cómo? –pregunta sorprendido Lázaro.

–Díselo al resto.

–¡Hay que ir con la grúa a coger un coche en la rotonda del parque! –grita Lázaro.

–Pues coge la grúa y ve –responde Acher lanzándose a la carrera ignorando el barro, los charcos y su traje caro.

–Si nunca has dejado que nadie salvo tú la lleve –escucha como dice incrédulo Lázaro, pero le ignora y continúa hasta llegar al exterior.

Busca la furgoneta que usan para ir por repuestos, que siempre tiene las llaves en la guantera, y casi la destroza contra la pared al no fijarse que tiene la marcha atrás metida.

Recorre las calles de las zonas abandonadas, edificios que hace años perdieron su alegría de existir. Hijos de materiales baratos y permisos concedidos demasiado rápido a cambio de donativos para las organizaciones de su familia.

–Conseguí todo lo que me propuse… Y por eso ahora no tengo nada.

Se dice a sí mismo recordando lo orgulloso que se sentía al diseñar la ciudad que abastecería de personal las grandes fábricas del emporio Saavedra.

Ahora con su furgoneta desvencijada recorre parkings subterráneos vacíos que se desmoronan, parques convertidos en desiertos y manzanas enteras de edificios de lujo abandonadas. Toda esa zona es igual, el abandono ha cubierto con su manto el centro de la Ciudad Vieja y Acher conduce por pura memoria muscular.

Sumido en estos pensamientos se sobresalta al ver un nutrido grupo de personas y reconoce que ha llegado a la Plaza de Europa, antigua zona de restaurantes, discotecas y coctelerías. Apaga el motor sin preocuparse de buscar aparcamiento y se baja de un ágil salto.

Los susurros de un grupo de gente le devuelven a la realidad. Su mirada recorre la fachada del local, ve grupos de gente en el interior que le señalan de forma disimulada.

–¡Lo que yo te decía amigo Platero! ¿Ves cómo es tu querido amigo el bibliotecario? –Una aguda voz infantil le saca de sus pensamientos.

–Bibliotecarioooo –repite con un marcado ritmo una voz joven que suena anciana–, una mano le agarra con la fuerza de un gato hidráulico su mano izquierda y lo conduce al interior del bar ante la mirada atónita de los parroquianos.

La mano pertenece a Platero, un joven de una edad indefinida con cara de diez años y el cuerpo de un culturista de veinte. Camina a cámara lenta, siempre sonriendo, nunca tiene prisa por llegar.

Platero empuja la puerta metálica forrada con trozos de madera para tapar donde antes había cristales.

Una niña de unos ocho años está fregando el suelo de hormigón, saluda con alegría al ver entrar a Platero, aunque al ver a Acher con su nueva apariencia se queda muda y blanca.

–Platero, ten cuidado de no manchar a nuestro querido amigo, hoy viene muy elegante –dice divertido un niño jovial que entra tras ellos–. Aparenta unos doce años, de estatura baja para su edad, con el pelo rubio despeinado, y una sonrisa permanente en su cara.

–¡Hola amigos! –saluda Yo a todos con movimientos amplios de los brazos.

Trepa a un taburete junto a la barra y se descuelga con la gracilidad que otorga la práctica por el otro lado.

Animado por Platero y Yo, Acher recupera la voz y regresa al presente.

Platero se detiene en la puerta del bar y emite tres largos silbidos de pastor; tras ello se dirige al centro del local y se sienta en el suelo, frente a una mesa de plástico blanco amarillento por el tiempo.

A Platero le encantan los libros de cuentos, por eso decidió que él era Platero, un pobre burro, y su único e inseparable amigo era Yo, el que le va enseñando y explicando cómo es el mundo.

–¡Mirad qué elegante viene hoy nuestro amigo el bibliotecario! –grita Yo al asomar la cabeza tras la barra del bar a unos niños que acaban de entrar en el local a la llamada de los silbidos.

Su cara es delgada, con ojos marrones que brillan de alegría y unos marcados hoyuelos que le dan un aspecto tanto juvenil como travieso.

–¿Das libros a Yo? –pregunta Platero a Acher con las manos sujetando sus pies y balanceándose.

–Lo siento, hoy no tengo –responde mientras busca nervioso con la vista al hombre que ha ido a buscar, al recordar qué le ha llevado hasta ahí.

–Descuida, todavía tengo varios que no he leído –replica Yo descolgándose de la barra y sacando varios libros con esfuerzo de detrás de ella.

En ese instante entran corriendo varios corrillos de chicos, aparentan tener entre seis y diez años, se sientan junto a Platero, cuchicheando entre ellos para ver si aciertan lo que les va a leer hoy.

–¿Te duele? –una voz aguda sacude a Acher; se gira, mira hacia abajo y ve a la niña que estaba fregando el suelo junto a él. Su brazo está estirado señalando su cabeza; sus ojos le dicen que le gustaría tocar el implante craneal aunque a la vez le aterroriza hacerlo.

–Solo en el alma… –responde con una sonrisa triste.

–¿Acher? –escucha una voz tras el sonido de una puerta al abrirse.

–¿Está el misionero? –pregunta Acher al ver aparecer a Domingo, que sale de la trastienda.

–Lo están cuidando en el almacén –responde tras varios segundos–. ¿Ya tenéis lo de grabar el podcast, muchachos?

Domingo se acerca sonriendo a Platero y Yo, ansioso de ver lo que tienen pensado hacer para el primer episodio de su podcast.

–Gracias –responde Acher a la nada.

–¡A ver niños, quién quería aprender a dibujar! – escucha como grita alegre Domingo agitando sobre su cabeza un grueso puñado de folios y los golpea con lápices que lleva en la otra.

Acher atraviesa el local con fuertes zancadas, abre de golpe la puerta de la trastienda y ve a dos mujeres jóvenes cambiando los vendajes a un hombre moreno.

–¡Calvo los cojones, no des portazos que te reviento! – grita la más menuda de ellas al verlo entrar, aunque se calla de golpe al ver su cambio.

–Míralo, que se ha vestido de compresa usada y cree que puede hacer lo que le dé la gana –replica la que parece mayor sin dejar de vendar al hombre.

Sus ojos marrones están perfilados por ojeras y su sonrisa de labios carnosos y un intenso color rojo, enmarcada por arrugas, deja claro su cansancio.

–Qué huevos tienes, solo tú te atreverías a salir a la calle con esas pintas, pero estás muy guapo, eso te lo reconozco –, unos ojos negros se clavan en los suyos; es poco más que una chiquilla, con una tensa tripa que indica su avanzado estado de embarazo y sus labios dibujan una sonrisa pícara que le amenaza con atreverse a replicarle.

–¿Qué te has puesto en el cebollo? Chico, qué pena de cabeza llevas, eh, ahora entiendo que te pusieses el perro muerto ese pa taparlo –dice La Lore entre un repiqueteo de sus pulseras, pendientes y collares.

–No vengas gallito Acher, aquí mando yo –responde Fortunata dando un ligero golpe en la mano a su compañera para que se calle; una joven muy hermosa y siempre alegre, aunque el cansancio de sus ojos muestra que ha visto dolor para varias vidas.

Continúan su trabajo de forma metódica y silenciosa durante un cuarto de hora. Acher se sienta en un taburete de plástico y espera sin atreverse a emitir ningún sonido a que terminen.

–Vámonos Fortunata, aquí hemos terminado por hoy –dice La Lore secándose las manos con una toalla que lleva al hombro y caminando hacia la puerta.

Acher se levanta y se coloca de perfil para dejarlas pasar. Fortunata la sigue con su peculiar sonrisa traviesa, agarra con fuerza el culo a Acher al pasar junto a él y cierra la puerta con delicadeza tras de sí.

–¿Ves cómo no es tan difícil de hacer? Calvo los cojones –replica desde el otro lado.

El hombre tumbado en la mesa lleno de vendajes lo mira con curiosidad. Tiene unos diez años más que él, la piel más que morena, quemada por el sol, y una colección de cicatrices antiguas y nuevas que crean un atroz tatuaje en todo su cuerpo.

–¿Tienes que volver a vestir con traje o quieres hacerlo? –dice con una sonrisa dolorida para cortar una pregunta que no ha llegado a ser formulada.

–Tengo que volver a hacerlo –responde tras un largo silencio de preguntas inexistentes, rindiéndose.

–Y eso… ¿Es bueno o malo?

–Supongo que ambas.

Acher lo mira y duda entre si sentarse o permanecer en pie junto a su amigo. Ninguno dice nada durante un buen rato. Fuera se escucha la alegre voz de Yo leyendo las

Fábulas de Esopo; poniendo voces para cada uno de los animales, y las risas alegres de los chiquillos inundan todo cuando lo hace.

–Ya está todo preparado, Yo –dice alegre Platero, siendo ahogada su voz por los gritos de los niños.

–Cuando nos conocimos tampoco tenía mucho mejor aspecto tu cabeza, amigo –dice el misionero a modo de saludo.

–Gracias, cabrón –sonríe Acher dándole un pequeño puñetazo en el hombro.

–¿Qué te ha pasado? –Se atreve Acher a preguntar.

–Lo mío es una vulgar paliza. Lo tuyo sí que es digno de mención –dice ignorando la pregunta Jesús.

–Lázaro está muy preocupado por ti, ha venido a contármelo en cuanto se ha enterado –dice Acher tanteando el terreno.

–Es un encanto de chaval, mañana lo veré –dice Jesús acomodándose la espalda.

–Sí, me lo ha dicho.

Ambos guardan silencio de nuevo, las preguntas las hace el silencio y las responden miradas incómodas. Acher juega con sus manos, Jesús se muerde los labios escudriñando el techo sin encontrar las palabras.

–Sed bienvenido al Heraldo de los Escarabajos, yo soy Yo y me acompaña mi querido amigo Platero. –Acher se sorprende al escuchar eso y presta atención, Jesús sonríe y se queja de dolor en las costillas al hacerlo.

–Estamos en El Perro Borracho, de nuestro querido amigo Domingo que nos presta sus instalaciones para grabar este podcast, y tenemos primicia, La Lore y Fortunata acaban de atender al misionero más querido de las dos ciudades, alguien dio ayer una paliza a Jesús.

–Eres famoso –dice Acher sonriendo a Jesús.

–Vaya, no sabía que soy el misionero más querido –responde divertido Jesús.

–Bueno, también eres el único jajaja –responde Acher incómodo sin saber cómo decir lo que ha ido a decirle.

–Alguien entró ayer en casa de mi hermana y llegó hasta su habitación –dice de sopetón tras dudar unos segundos.

–¿Qué dices? –exclama alarmado Jesús intentando incorporarse–. ¿Está bien?

–Sí, tan solo le dejaron una nota en su cama, confesando el asesinato de Manuel con un poema –responde Acher mirando al suelo.

Jesús lo mira de hito en hito, congelado en el movimiento de intentar incorporarse; al fin opta por volver a tumbarse en silencio.

–Joder –es todo lo que dice al fin–. ¿Y qué vas a hacer?

–Para empezar, mañana iré al laboratorio experimental de mi familia… –deja la frase inconclusa al perder de nuevo la voz.

–Ahí estaré –dice Jesús comprendiendo al instante lo que no ha llegado a pedir.

–Gracias –responde Acher con un hilo de voz.

El silencio que se produce en el exterior les sobresalta por lo repentino e inesperado.

–Y a partir de ahora, vamos a dar los datos en este podcast de aquellos que ataquen a nuestros pequeños escarabajos por intentar que no tomemos sus datos –dice Platero con una voz profunda que tanto Acher como Jesús se sorprenden de escuchar.

–Estos chavales son increíbles jajaja –dice Acher–. Y dan miedo.

–Son la esperanza de este mundo… –murmura Jesús concentrándose en intentar escucharlos.

–¿Por qué te has rapado la cabeza para mostrar eso? –pregunta al fin Jesús.

–Supongo que la pregunta debería ser por qué lo oculté –Acher se frota la placa metálica, sorprendido por la pregunta.

Jesús mira a su amigo, sus ojos apagados, cómo frota despacio una mano con la otra, sus abultados hombros bajo el traje caro contrayéndose al ritmo de su respiración.

–¿Sabes por dónde empezar? –pregunta Jesús.

–Empezaré con Celestina mañana, aunque solo sean rumores, algo tiene que saber –hace una pausa para ponerse de pie–. Mi hermana quiere que vuelva a la dirección, así que me voy a pegar toda la tarde entre papeles y abogados...

–¿Quieres saber quién me hizo esto? –dice Jesús sobresaltando a Acher.

–¿Me lo vas a decir? –Acher casi se cae al suelo por la sorpresa.

–Esta vez... es distinto –musita Jesús–. Fueron los hombres de Higinio.

Acher se incorpora, mudo, su tez blanca como el papel.

–Estuvieron en el barrio rojo –continúa Jesús–. Pude oler en sus ropas esos ambientadores tan fuertes que usan.

–¿Por qué? –Acher no entiende nada–. ¿Por qué han venido y han ido a por ti?

–Acher...

Jesús enmudece, se gira haciendo un esfuerzo para buscar los ojos de Acher.

–Dijeron que yo maté a Manuel.